

COYUNTURA SOCIO-ECONÓMICA Y CAMBIOS DEMOGRÁFICOS EN PORTUGAL DURANTE EL SIGLO XX

Francisco R. Durán Villa
M.^a Luisa Pérez Fariña
Universidad de Santiago

RESUMEN: Portugal es un país de vocación atlántica, pero con marcadas influencias mediterráneas. Participa de los rasgos de la periferia comunitaria como lo demuestra su evolución demográfica, caracterizada hasta fechas recientes por un fuerte crecimiento vegetativo y por una intensa emigración. Unidos a las vicisitudes políticas del país en este siglo, aparecen tres períodos demográficos muy definidos, coincidentes a grandes rasgos con la “I República”, el “estado Novo” y la “III República”, a través de los cuales tuvo lugar la transición demográfica. También hay que subrayar la fuerte polarización de la población en el flanco atlántico a expensas de un espacio interior menos dinámico, lo que acentuó los seculares desequilibrios interregionales y supuso un handicap para su desarrollo y, sobre todo desde la integración a la CEE, se presenta como un reto a superar.

Palabras clave: Periferia. Emigración. Incremento de la población. Cambios espaciales. Desequilibrios interregionales.

ABSTRAT: Portugal is an atlantic country with a marked mediterranean influences. It takes part of the features of the Community peripheral countries; since recent dates by a strong vegetative growth and a heavy emigration. Joined to the political events of this country, it shows three demographic periods which coincides with the “I República”, “Estado Novo” and “III República”, where took place the demographic transition. Also, we must emphasize the human concentration at the seashore, at the expenses of a less dinamic inland, which emphasize the interregional imbalance and it sets up a handicap for it development and since the incorporation in the EEC and it shows as a challenge to overcome.

Key words: Peripheral. Emigration. Population increase. Spatial changes. Interregional imbalance.

Portugal, situado en el occidente de la península Ibérica, ocupa el flanco sur del eje atlántico europeo y, también, comunitario. La parte continental, a la que es preciso añadir las provincias insulares de Azores y Madeira, presenta una configuración rectangular con un notable alargamiento meridiano, que conlleva una clara contraposición paisajística y humana entre los sectores septentrional y meridional.

El primero de ellos engloba las tradicionales regiones costeras de Minho, Douro, Beira Litoral y Extremadura, así como también las de Tras-os Montes, Beira Alta y Beira Baixa. Desde un punto de vista morfológico se caracteriza por ser un sector relativamente elevado, con una altitud media superior a los 400 m., y de edad geológica antigua, fundamentalmente precámbrica y paleozoica. A finales del primario, las montañas erigidas a expensas del paroxismo herciniano fueron desmanteladas, arrasadas, según lo atestiguan las superficies de aplanamiento existentes y fracturadas por movimientos orogénicos posteriores, que han dado lugar a una sucesión de bloques elevados, separados por “valles fractura” —siguiendo la terminología empleada por Orlando Ribeiro (1955)—, cuyo máximo exponente lo encontramos en el flanco

septentrional y en las estribaciones occidentales del Sistema Central, divisoria, conjuntamente con las Sierras de Aire y Montejuento, de los dos sectores mencionados. Todo este amplio espacio se complementa con la existencia de amplias llanuras litorales, jalonadas por una costa baja y arenosa, lo que contribuye a realzar el dinamismo de este conjunto.

Por su situación, todo este territorio se halla sometido a un clima de tipo atlántico, en el que sus principales elementos —temperaturas y precipitaciones— se matizan hacia el este, dando paso a un clima continental, como antesala de la meseta española, y se degradan a medida que avanzamos hacia el sur, adquiriendo un matiz subtropical que se hace patente en las estribaciones occidentales de Extremadura.

El sector meridional, compuesto por el Ribatejo, Alto y Baixo Alentejo y el Algarve, se presenta de una manera diametralmente opuesta al precedente. Frente al dinamismo topográfico anterior, nos encontramos ante un área monótona y uniforme, al estar ocupada en gran medida por las cuencas terciarias del Tajo y el Sado, lo que contribuye a realzar la escasa altitud de las sierras de Caldeirao, Monchique y Grandola. Su disposición parale-

FIGURA 1. Portugal, división administrativa en distritos



la y próxima al litoral convierten la costa en alta y recorrida a diferencia de la del sector norte.

El factor latitud juega un papel decisivo en las características climáticas de este área. Las temperaturas aumentan a medida que avanzamos hacia el sur y las precipitaciones descienden —todo este sector está incluido dentro de la isoyeta de las 600 mm.—, lo que nos permite hablar de un clima oceánico-subtropical a nivel general y

de un clima mediterráneo en el Algarve a nivel particular (Vilá Valentí, 1989).

Todas estas características físicas, conjuntamente con ciertos rasgos humanos y económicos (elevado crecimiento vegetativo, fuerte tradición migratoria, régimen de tenencia dual: minifundismo en el norte, latifundismo en el sur...), no se circunscriben a los límites administrativos lusitanos, sino que encuentran su continuidad en la vecina España,

lo que contribuye a completar y reafirmar el variado mosaico ibérico.

Gracias a su situación estratégica y privilegiada en los confines del mundo conocido, Portugal comenzó a proyectarse sobre el ignoto Atlántico desde principios del siglo XV, concretamente desde la toma de Ceuta en 1415, punto de partida para sus expediciones africanas y asiáticas. Con el desembarco de Alvares Cabral en las costas del Brasil en 1500, Portugal tiene prácticamente configurado su vasto imperio colonial, generando, conjuntamente con España, el desarrollo de las rutas comerciales por el Atlántico, unas rutas que permiten y se acentúan con el transcurrir de los tiempos y que acaban convirtiéndolo en una encrucijada económica entre los países europeos y americanos. Esta vocación ultramarina, junto con el posterior desarrollo de una economía dependiente y volcada hacia el exterior, contribuyó al despegue y expansión de las dos grandes urbes lusas. Lisboa, capital y metrópoli, sede de representaciones consulares y consignarias por su condición de "puerto escala" y Porto, tradicional enclave industrial y puerto exportador de vinos por excelencia.

Portugal, un Estado eminentemente atlántico, situado en la periferia de los países capitalistas, lo que equivale a introducirlo dentro de los "have-nots", siguiendo una terminología anglosajona por las características demográficas que este término lleva implícitas, se engloba dentro de los países ribereños, por su tradición histórica y por su elevado grado de desarrollo económico, tiende a ser incluido dentro de los países atlánticos, lo que equivale a introducirlo entre los "have", es decir, en el centro capitalista.

El rasgo que mejor caracteriza la evolución de la población en Portugal a lo largo de la presente centuria es su tendencia moderada al crecimiento, pasando de los 5.423.100 habitantes en 1900 a los 10.270.900 en 1987, lo que supone un incremento relativo del 89'39%, como consecuencia de la pervivencia de unas muy elevadas tasas de natalidad (superiores al 20‰ hasta 1970) y una mortalidad general en continuado descenso (9'3‰ en 1986), a pesar del mantenimiento de unas elevadas tasas de mortalidad infantil (21‰ en 1986), lo que lo sitúa en el ranking de los países de la Comunidad y en el cuarto lugar dentro de los de Europa, inmediatamente después de Albania, Yugoslavia y Rumanía, vislumbrándose con ello el grado de infradesarrollo de este Estado. Este fuerte crecimiento natural, se vio amortiguado a lo largo de este siglo por la existencia de un fuerte éxodo migratorio, sobre todo durante el segundo y sexto decenio, lo que generó un crecimiento del 1'2% y 0'6%, respectivamente, los más bajos de todo el lapso de tiempo analizado (1).

Al estudiar los cambios de población experimentados en Portugal a lo largo de nuestra centuria, procuramos articularlos cronológicamente de manera que coincidieran con los tres hitos más importantes de su historia contemporánea. El primer período, comprendido entre 1911 y 1930, coincide prácticamente con la Primera República (1910-1926). Entre 1930 y 1970 englobamos la

etapa de la Dictadura y el Estado Novo (1926-1974) y, por último, a partir de 1970 asistimos al derrocamiento del régimen dictatorial y a la implantación de la Tercera República tras la Revolución del 25 de abril de 1974.

La proclamación de la I República el 5 de octubre de 1910 supuso el final del poderío de la casa de Braganza en Portugal, tras casi tres siglos de permanencia en el trono. El advertimiento del nuevo régimen parlamentario coincide, en el plano demográfico, con la desaceleración del fuerte ritmo de crecimiento que se venía experimentando en el país desde mediados del siglo XIX.

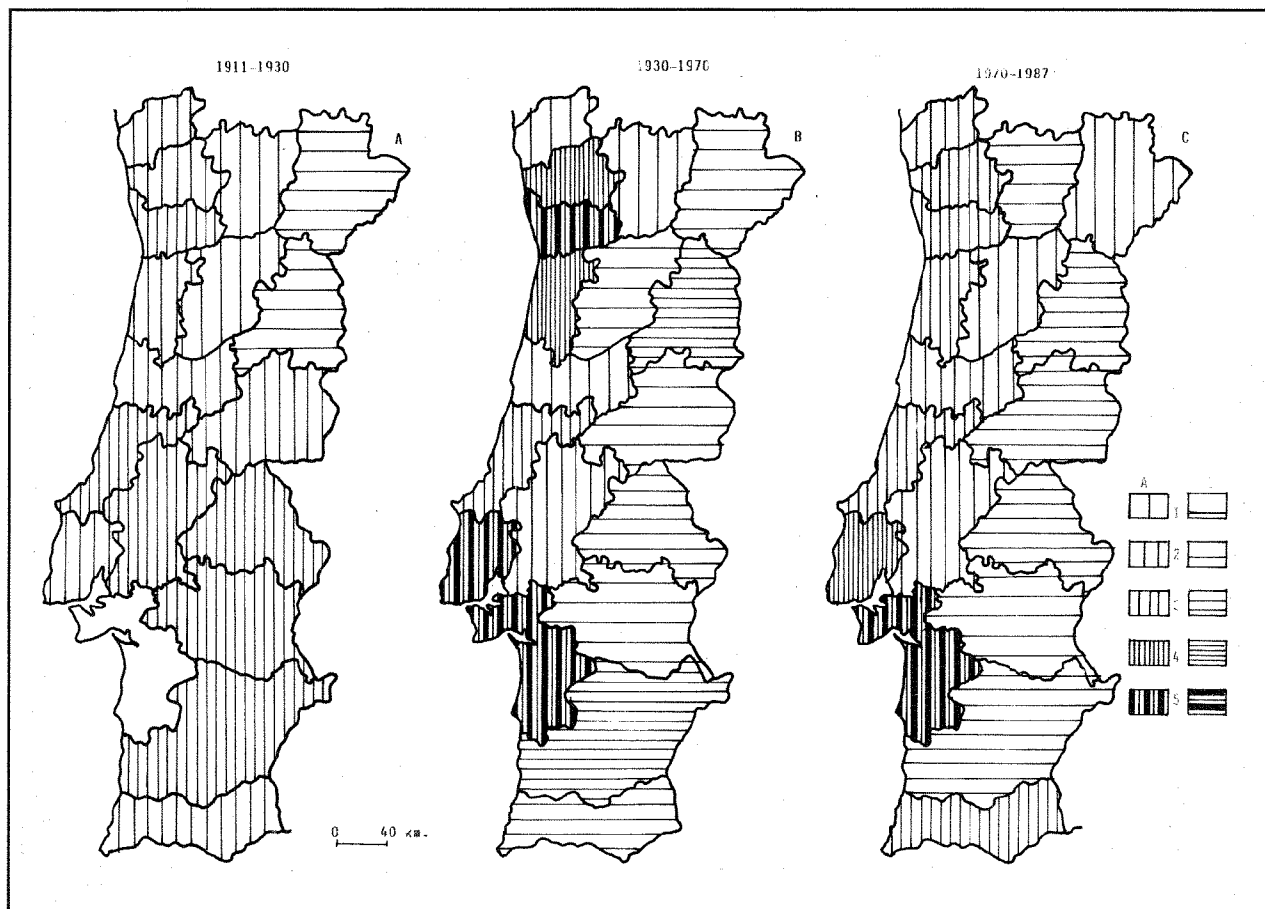
No obstante, y a pesar de esta ralentización, la población portuguesa pasa de 5.960.100 habitantes en 1911 a 6.825.900 en 1930, lo que supuso un crecimiento relativo del 14'52%. Este aumento poblacional viene generado por el propio dinamismo demográfico interno, caracterizado por el mantenimiento de unas tasas muy elevadas de natalidad —superiores al 30‰ hasta 1930— y una mortalidad general que ha iniciado una evolución descendente.

Este planteamiento global del primer período, enmascara dos realidades distintas, que se circunscriben en el tiempo a la segunda y tercera décadas de la presente centuria. La primera de ellas, caracterizada por un crecimiento muy moderado, responde a la existencia de un fuerte éxodo migratorio ultramarino, que alcanza su momento de máximo esplendor, al igual que en Galicia, en vísperas del estallido de la primera guerra mundial. Esta situación se vio agravada a partir de 1916, con la incorporación de Portugal a la contienda europea, a diferencia de lo acontecido en España en general y en Galicia en particular. La movilización de la población masculina a filas y su desplazamiento hacia el frente europeo, concretamente a Francia, y hacia Angola y Mozambique, limítrofes con territorios alemanes, acentuó el descenso de las tasas de natalidad (23'1‰ frente al 31'8‰ de la década precedente), y en contrapartida se asiste a un alza de la tasa de mortalidad (1911-1920, 20'2‰ y 1921-1930, 23'9‰).

Los años veinte registran un nuevo despegue demográfico a expensas del fuerte crecimiento natural (12'6‰) y de un saldo migratorio débil, en contra de lo que se podría presuponer. La crisis económica interior generó una escasez de dinero que impedía la adquisición del pasaje, lo que se sumó a las restricciones a las salidas derivadas de la conflictividad político-social reinante.

A nivel territorial, durante esta etapa, se experimenta un aumento generalizado de población, según se desprende de la fig. 2.A. Sin embargo, podemos establecer una pequeña diferenciación entre el sector septentrional, de crecimiento más moderado, como consecuencia de la mayor incidencia de las salidas migratorias. Se exceptúan dentro de esta tónica por exceso, el distrito "industrial" de Porto y el agrícola de Leiría, favorecido éste por la proximidad del mercado lisboeta, con unos índices de crecimiento en 1930 del 19'2 y 19'7 respectivamente. En el extremo opuesto, y como únicas excepciones en todo el Estado, los distritos de Braganza y Guarda, ubicados

FIGURA 2. Cambios de población. A, Aumento; D, disminución. 1, menos de 5; 2, de 5,1 a 15; 3, de 15,1 a 30; 4, de 30,1 a 50; 5, más de 50,1



en el sector más agreste del país —Tras-os-Montes y Beira Alta—, pierden efectivos, lo que constituye una constante mantenida hasta la actualidad en este último. Mención aparte merece el distrito capital que experimenta un crecimiento del 6'3 (el cuarto más bajo después de Vila Real, Viseu y Viana do Castelo), como resultado de un menor dinamismo industrial en comparación con Porto y de una más temprana incorporación a los ritmos demográficos modernos.

El sector meridional mantiene unas tasas de crecimiento superiores y más uniformes en el espacio que el septentrional, exceptuando el área deprimida del Algarve. El predominio de la gran propiedad y la pervivencia de una estructura social de tipo feudal hacen que perduren unas pautas demográficas propias del antiguo régimen, al tiempo que esos lazos de dependencia de los trabajadores agrícolas respecto al propietario revierte en un aminoramiento del éxodo rural.

La grave crisis económica (fuerte inflación, devaluación del escudo...) y social (2) que afectó a Portugal

durante este primer intento de gobierno constitucional, no encontró cauces de solución al ser coetánea con una fuerte inestabilidad política, plasmada desde el término de la primera guerra mundial en una serie de pronunciamientos que culminarán con el efectuado por Gómez da Costa y Cabeças el 28 de mayo de 1926, dando paso a la instauración de un régimen dictatorial bajo la presidencia de Carmona desde 1928 y con Salazar como Jefe de Gobierno a partir de 1932.

La aprobación por plebiscito de una nueva Constitución en abril de 1933, sentó las bases del "Estado Novo", definido como un sistema corporativo, católico tradicional, una definición que a priori nos permite presuponer la política demográfica auspiciada por el gobierno salazarista. En el plano económico, las nuevas directrices potenciaron el mantenimiento de los medios de producción en manos de capital privado, sometido a fuertes controles gubernamentales.

Entre 1933 y 1952 el régimen salazarista, bajo un sistema económico autárquico, acometió profundas refor-

mas financieras y tributarias encaminadas a sufragar una magna política de construcción de obras públicas (infraestructura viaria y embalses principalmente) y de edificios para sede de todo el apartado gubernamental. En lo que a población se refiere, asistimos a un fuerte incremento de habitantes (1930, 6.825.900 y 1950, 8.479.900), como consecuencia de la política populacionista adoptada, responsable del mantenimiento de unos índices de natalidad superiores al 25‰ durante estos años, conjugada con una tasa de mortalidad en continuo retroceso, lo que nos pone de manifiesto que Portugal se halla dentro del primer estadio de la transición demográfica, y con la paralización de las salidas migratorias, siendo la década de los años treinta la primera que arroja un saldo migratorio positivo de 67.900 inmigrantes. La débil oferta de puestos de trabajo por parte de la industria nacional, concretada fundamentalmente en el distrito de Porto y en menor medida en el área de Lisboa, desencadenó, ante la paralización de los movimientos de mano de obra internacionales, un intervencionismo gubernamental en el control del éxodo rural a través del desarrollo de una política de exaltación de los valores tradicionales lusitanos.

Durante las dos décadas siguientes, concretamente a partir de 1953, año en el que se publica el I Plan de Desarrollo, se inician las primeras tentativas de modernización del país, centradas preferentemente en la ampliación del potencial hidroeléctrico a expensas de una capitalización nacional, desarrollándose un amplio programa regional encaminado a aminorar los fuertes desequilibrios internos. Este sistema de planificación se extendió hasta 1973, contabilizándose un total de cuatro Planes destinados, los tres últimos, al desarrollo del sector industrial, aunque a diferencia del primero de ellos y por influjo las políticas neoliberales adoptadas en España a partir de 1959, se liberaliza la economía facilitando las inversiones extranjeras como nueva fuente de financiación (3).

Los primeros cambios se contemplan muy nítidamente a través de la evolución de la distribución sectorial de la población activa a lo largo de la presente centuria. Concretamente el sector industrial que en 1900 absorbía tan solo el 19'3%, mientras que en 1970 ese porcentaje se había incrementado notablemente alcanzando el 35'5% de la población activa. Por el contrario, la población dedicada a la agricultura se reduce casi a la mitad durante el mismo lapso de tiempo (1900, 61'3% y 1970, 31'2%).

La ola de relativa prosperidad económica que conoce Portugal durante los años sesenta, coincide con la generalización de las salidas masivas de trabajadores hacia el exterior entre otras razones por la pervivencia de una agricultura ancestral, alcanzándose cotas hasta esos momentos desconocidas. Estas salidas determinaron una pérdida de efectivos evaluada en un total de 63.000 personas. Este hecho avala la teoría que relaciona el desarrollo económico con el declive de la población. Conjuntamente con la emigración exterior se registra un fuerte movimiento de población interno, determinado por el

atraso secular del campo frente a la ciudad, acentuado en estas décadas por el proceso de industrialización.

La sangría migratoria, conjugada con una contracción del crecimiento vegetativo durante el decenio 1961-1970, hace variar de una manera ostensible la distribución de la población durante este período, según se refleja en la fig. 2.B. A diferencia de la etapa precedente, podemos observar una clara dicotomía entre un sector litoral dinámico, exceptuando Beja y Faro, y un interior de acentuado carácter regresivo. A partir de estos momentos podemos hablar de un nítido poblamiento atlántico, ya que los distritos de máximo crecimiento son los de Setúbal, incorporado definitivamente al distrito metropolitano lisboeta tras la inauguración del puente Salazar en 1966; Lisboa, catalizador de los principales enclaves industriales desde 1950, y Porto con unos índices de crecimiento del 99'2, 75'6 y 61'2, respectivamente. Por pérdidas de población destacan Guarda (21'4) por la inaccesibilidad del medio; Beja (15'8) y Faro (11'2) por la pervivencia de una estructura agraria latifundista. Vila Real merece ser destacado ya que es el único distrito del interior que mantiene una evolución ascendente. Se ha visto favorecido durante los años cuarenta por la presencia de wolframio en su subsuelo y por la fuerte demanda del mismo durante la segunda guerra mundial, siendo en cierto modo responsable del saldo positivo de la balanza de pagos en estos años.

El término de la segunda guerra mundial y el estallido de la "guerra fría", aunado al derecho de autodeterminación de los pueblos, recogido en la Carta de las Naciones Unidas, inicia lo que podemos denominar como el principio del fin de los grandes imperios coloniales europeos. La creación del Comité de Descolonización de la ONU supuso, en los albores de los años sesenta, la aparición de una serie de advertencias y de resoluciones condenatorias hacia la política colonialista mantenida por el régimen salazarista, cuyos resultados se traducen, única y exclusivamente, en el cambio de denominación de estos territorios dentro de la Constitución ya que el término de "colonias" es sustituido por el de "provincias", amparándose en la tesis de que "Portugal es un Estado pluricontinental y plurirracial, modelado por algunos siglos de evolución histórica, no siendo los territorios situados fuera de Europa verdaderas colonias, pero sí parcelas integrantes del territorio nacional, y como tal inalienables" (Saraiva, J. H., 1981, 358).

El mantenimiento de esta política, amparada en los pingües beneficios económicos generados por estas "provincias", a pesar del estallido de las primeras revueltas populares en Angola en 1961 y de la creación del Frente de Liberación Mozambiqueño en 1963, condujo inexorablemente al inicio de la guerra colonial en 1964, una guerra que, por su larga duración (1964-1974), agotó social y económicamente al país.

La reordenación económica efectuada a expensas del mantenimiento de una agricultura anquilosada y poco productiva, el incremento continuado de los presupuestos

destinados a defensa en detrimento de los sectores productivos, la existencia de una fuerte emigración hacia Europa (clandestina principalmente desde 1968) y el reclutamiento de levadas para el ejército colonial, suman al país en una profunda crisis y constituyen el triste epílogo de una larga dictadura que culmina con el derrocamiento de Marcelo Caetano, en el poder desde 1969, por el Movimiento de las Fuerzas Armadas el 25 de abril de 1974.

Entre 1970 y 1987 asistimos a un nuevo período de crecimiento poblacional, en marcada contraposición con la década de los años sesenta. No obstante, bajo este aumento del número de habitantes (1970, 8.589.500 habs., 1987, 10.270.900 habs.), se enmascara un profundo cambio dentro de la dinámica demográfica portuguesa. El crecimiento natural, principal responsable de los períodos de máxima expansión, mantiene, a pesar de detentar el segundo lugar conjuntamente con España dentro de los países comunitarios (5‰ en 1986), una evolución descendente debido a la reducción de los índices de natalidad (14'4‰ en 1986) y de una mortalidad baja y estancada (9'3‰ en la misma fecha). Será, por tanto, el saldo migratorio el motor principal del crecimiento durante esta última etapa, favorecido por la repatriación de ciudadanos portugueses residentes en las antiguas colonias durante el primer quinquenio de los años setenta y el retorno masivo de trabajadores procedentes de los países europeos.

En el ámbito espacial asistimos a una fuerte concentración de la población en la fachada atlántica, a pesar de las tentativas de reorganización del territorio y de amortiguamiento de desequilibrios mantenida durante la etapa planificadora (fig. 2.C.). El litoral es de marcado carácter progresivo, fundamentalmente el distrito de Setúbal que, con un índice de crecimiento del 67'5 —el más elevado del país entre 1970 y 1987— se convierte en uno de los polos más dinámicos de Portugal desde la creación del centro industrial de Sines en 1968 y, también, por actuar como núcleo descongestionador del área metropolitana lisboeta, sometida, esta última, a un fuerte proceso de terciarización durante las dos décadas precedentes, lo que explica en parte la ralentización de su crecimiento (33'5). El distrito de Porto, núcleo rector del flanco litoral septentrional, conoce, al igual que la capital, una aminoración de su incremento poblacional (27'9). Sin embargo, y a diferencia de ella, su área de expansión se halla menos polarizada y emana su influencia, a modo de mancha de aceite, hacia los distritos vecinos de Braga, Aveiro y, en menor medida, Viseu. Es un crecimiento que se mantiene a expensas de la pujanza de una industria tradicional de pequeñas y medianas dimensiones, revitalizada, al poder competir en el mercado internacional, tras la devaluación del escudo en 1977 (Ferrao, J., 1988).

A esta franja de poblamiento periférico se suma en estos últimos años el distrito de Faro, ubicado en el extremo más meridional del país, con un índice de crecimiento del 27'9 entre 1970 y 1987, el cuarto después de Setúbal, Lisboa y Porto. Las características mediterráneas del cli-

ma de este sector, aunado el escaso poder de la moneda portuguesa, contribuyeron decisivamente su potenciación turística, a pesar del escaso desarrollo inicial de la infraestructura hotelera.

Frente al flanco litoral, el interior de Portugal se presenta como un área menos atractiva para la población. Las dificultades topográficas, el régimen dual de tenencia de la tierra, a pesar de las redistribuciones efectuadas al sur del Tajo desde 1975, la escasez de inversiones agrícolas y la ausencia de una política de desarrollo regional hacen inviable una rápida transformación del sector y consiguientemente siguen manifestando su tendencia secular al despoblamiento, tendencia muy acentuada en Beja, Castelo Branco y Guarda con un crecimiento negativo de 12'2 y 6'7, respectivamente. Se exceptúa dentro de esta tónica al distrito de Bragança cuyo aumento (6'8) se produce a expensas de la cabecera comarcal, catalizadora de la población rural gracias a la concentración de servicios en la misma (en 1981, el 71'7% de la población activa se dedicaba al sector terciario, porcentaje que consideramos notablemente elevado sobre todo si se compara con Coimbra, ciudad terciaria por excelencia, que tenía, en la misma fecha, un 72% de la población activa dedicada a los servicios).

La incorporación de Portugal en la CEE en 1986 nos sitúa ante un nuevo período que podríamos considerar, desde un punto de vista poblacional, como incierto. Resulta evidente, según se desprende de este trabajo, que la dinámica demográfica portuguesa se encamina hacia unas pautas similares a las existentes en los restantes países de la Comunidad. Sin embargo, plantearse una redistribución homogénea, o menos polarizada en el sector costero de la población dentro del solar lusitano, conllevaría la puesta en práctica de unas políticas de desarrollo regional que parecen inviables a corto plazo. Las razones que nos avalan son múltiples y abarcan desde las dificultades de acceso hacia el interior, tanto por la topografía como por la deficiente infraestructura y por la escasa cualificación de la población y su bajo poder adquisitivo. Puesto que nos encaminamos hacia la Europa de las regiones y en vísperas de la liberalización del movimiento de capitales a partir de 1992, se nos suscitan una serie de interrogantes a nivel de igualdad entre regiones, cual ofrece mayor rentabilidad al capital ¿una desarrollada centroeuropea o una portuguesa en vías de desarrollo? La respuesta es evidente y tenemos múltiples precedentes. ¿Hacia dónde se drenaron las remesas de emigrantes? Hacia los polos más desarrollados en búsqueda de mayores beneficios, Lisboa y Porto en el caso portugués. En definitiva ¿no se generará una competitividad que redunde en una acentuación de los desequilibrios entre los diferentes espacios que conforman la Comunidad?

Otra lectura que podemos realizar a partir de las expectativas que se nos ofrecen, situaría a Portugal en un plano más ventajoso, pero no por ello menos peligroso. La abundancia de mano de obra y las diferencias salariales con respecto a Europa pueden actuar como principales

atractivos para la inversión, pero también pueden acarrear graves riesgos, de los cuales tenemos también precedentes. Las diferencias salariales, una vez que entre en vigor el artículo 48 del Tratado de Roma concerniente a la libre movilidad de personas ¿podrán generar un éxodo migratorio parangonable al registrado durante la década de los sesenta? Los costes sociales de la educación de esa población recaerán sobre Portugal, aunque los beneficios serían aprovechados por otras regiones, y traerían en consecuencia la pérdida de un capital humano considerable y necesario para el despegue económico definitivo. Las futuras industrias que se acerquen a Portugal por las ventajas antes señaladas ¿dónde se ubicarán? ¿En el litoral más accesible y mejor dotado en efectivos de población o en el interior? Por ello, ¿no se acentuarán o consolidarán unos desequilibrios internos acrecentados desde la puesta

en vigor de las políticas de planes de desarrollo en 1953? Atendiendo a la escasa cualificación profesional de la población activa ¿qué tipo de industrias se van a establecer? ¿Se implantarán procesos muy específicos de producción donde no sea necesaria una formación profesional?, es decir, ¿volveríamos hacia una situación similar a la acontecida tras el abandono de la autarquía en 1960?

Es evidente que la evolución del proceso es impredecible. Las primeras medidas adoptadas, encaminadas a lograr unas mejores comunicaciones entre los diversos espacios de la Comunidad, tendrían que completarse en la península Ibérica con una nueva comarcalización del espacio que prescindiera o superara las viejas y obsoletas fronteras administrativas, adecuando las políticas de desarrollo a las necesidades reales específicas y a las capacidades potenciales del medio.

NOTAS

- (1) Los datos correspondientes a la población los hemos tomado de los "Recenseamentos de População" de los años 1911, 1930, 1960, 1970 y de las "Estimativas da População" de 1987. Asimismo hemos utilizado datos aportados por MONNIER, A. (1980): *l'Italie, l'Espagne et le Portugal: situation démographique*. GASPARD, J. (1983): *Le Portugal: évolution démographique récente*. Informe de la OCDE de 1988.
- (2) Una buena relación de índices económicos que avalen la crisis económica de Portugal en estos momentos, la podemos encontrar en MATA, M. E. (1987): *Cambios e política cambial na economia portuguesa 1891-1931*. Lisboa, Livraria Sá da Costa Ed.
- (3) Un análisis detallado de la economía portuguesa durante la etapa salazarista aparece en BAKLANOFF, E. M. (1980): *La transformación económica de España y Portugal*. Madrid, Espasa Calpe.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEGRO, M. M. (1984): *Evolução da rede urbana da regio do Norte (Portugal) na última década*. Barcelona, Actas del III Coloquio Ibérico de Geografía, pp. 330-341.
- BAKLANOFF, E. M. (1980): *La transformación económica de España y Portugal*. Madrid, Espasa Calpe.
- BOSQUE MAUREL, J. y VILA VALENTI, J. (1989), dir. *Geografía de España*. Barcelona, Ed. Planeta, T. I.
- BOURDON, A. A. (1973): *Historia de Portugal*. Coimbra, Livraria Almedina.
- CAETANO, L. (1988): *Impacto da Comunidade Económica Europeia (CEE) na industria em Portugal continental*. Coimbra, Actas del IV Coloquio Ibérico de Geografía, pp. 281-292.
- CAETANO, L. y DELGADO, F. (1986): *Projeções de população para Portugal até 2025*. Coimbra, IV Coloquio Ibérico de Geografía, pp. 615-626.
- CLARENCE-SMITH, G. (1985): *The third portuguese empire 1825-1975: a study in economic imperialism*. Manchester, Manchester University Press.
- FERRAO, J. (1988): *L'industrie au Portugal*. Annales de Géographie, n.º 541, pp. 308-329.
- FONSECA, M. L. y ABREU, D. de (1984): *Permanencia e mudança das diferenciações territoriais em Portugal no período 1950-1980*. Barcelona, Actas del III Coloquio Ibérico de Geografía, pp. 563-575.
- GASPARD, J. (1983): *Le Portugal: évolution démographique récente*. Méditerranée, n.º 4, pp. 3-9.
- MATA, M. E. (1987): *Cambio e política cambial na economia portuguesa, 1891-1931*. Lisboa, Livraria De Sá da Costa Ed.
- MEDEIROS, G. A. (1984): *A evolução do campo em Portugal continental, a partir de 1950: alguns aspectos, investigações de ambito geográfico, questões metodológicas*. Barcelona, Actas del III Coloquio Ibérico de Geografía, pp. 179-192.

- MONNIER, A. (1980): **l'Italie, l'Espagne et le Portugal: situation démographique.** Population, n.º 4-5, pp. 927-958.
- MOREIRA, R. F. (1986): **A agricultura do noroeste portugues.** Coimbra, Actas del IV Coloquio Ibérico de Geografía, pp. 125-138.
- PÉREZ FARIÑA, M.^a L. (1990): **La dinámica demográfica de los municipios fronterizos galaico-portugueses.** En: Paysages et Sociétés, Poitiers, pp. 161-171.
- RIBEIRO, O. (1955): **Portugal.** En: Geografía de España y Portugal. Barcelona, Montaner y Simón, S. A.
- SARAIVA, J. H. (1981): **Historia concisa de Portugal.** Lisboa. Publicações Europa-América.